

PERSPECTIVAS SOBRE LA RECEPCION DEL DARWINISMO EN EL MUNDO HISPANO

Thomas F. GLICK

Boston. U.S.A

El darwinismo como movimiento intelectual de primera categoría no se ha estudiado a fondo en su contexto hispanoamericano, aunque afectó, en mayor o menor grado, a todos los países hispanos. Inevitablemente la discusión del darwinismo se ha subsumido bajo la rúbrica obligatoria del positivismo, y las recepciones nacionales se han clasificado según la dicotomía spenceriana/comtiana, según la cuál se presume el mayor éxito del darwinismo en los países spencerianos (Argentina, Uruguay) que en los comteanos (México, Chile). No cabe duda de que para el estudioso del darwinismo en Hispanoamérica, la literatura del positivismo constituye la más segura entrada al tema. No obstante, la vinculación del darwinismo al positivismo ha causado problemas severos de interpretación, por un lado, y por otro ha frenado la investigación del darwinismo científico favoreciendo la del darwinismo filosófico.

Como ejemplo de problema de interpretación resultado de la típica dicotomización de escuelas positivistas, el positivismo venezolano es muy difícilmente caracterizable según el esquema corriente. Si se hubiera de elegir, Venezuela iría a la columna spenceriana; pero eso ofendería la complejidad histórica. Insistir en una rama spenceriana que desciende del botánico Adolfo Ernst y otra comtiana, originada con el humanista Rafael Villavicencio, no carecería de fundamento; pero haría violencia al fecundo hibridismo del positivismo venezolano, cuyos practicantes seguramente no sentían esta dicotomía¹. La excesiva vinculación por los eruditos al positivismo con el darwinismo como hechos históricos (en sí, al resultado de la ca-

rencia de una propia historiografía de la ciencia contemporánea en Hispanoamérica) ha impedido también el examen comparativo de recepciones nacionales bajo cualquier aspecto menos el propiamente filosófico.

Y he aquí la verdadera importancia del tema, el darwinismo en Hispanoamérica es algo así como un partido de bridge duplicado: todos los países recibieron, más o menos, las mismas cartas, pero las jugaron cada uno en una manera distinta. Por consiguiente, nuestro enfoque es a la vez comparativo y social: buscamos la ubicación social y el sentido social del darwinismo y antidarwinismo, más bien que el análisis de las ideas en sí (éstas generalmente poco originales en sí, salvo algún caso excepcional como el de Alfonso L. Herrera).

ESPAÑA COMO MODELO

Al considerar la recepción comparativa del darwinismo en los países hispanos, tomamos el caso de España como modelo conveniente. Lo considero conveniente porque en España la polarización ideológica en torno a la nueva teoría fue extrema. Cuando tenemos el caso de algún país hispanoamericano donde la polarización ideológica en torno a Darwin fue menos categórica hemos de buscar las razones para tal situación al comparar las estructuras sociales y culturales con las de España. Generalmente la influencia directa del caso español sobre la recepción del darwinismo en Hispanoamérica fue mínima. Francia, y no España, fue el conducto más usual para la introducción del evolucionismo: sólo en las primeras décadas del presente siglo se notó alguna influencia directa, cuando unos jesuitas españoles desempeñaron un papel de liderazgo en el movimiento anti-darwiniano.

Como he escrito detenidamente sobre el darwinismo español en otro lugar (Glick, 1982), sólo daré aquí un breve resumen de las principales características del caso español, lo que me permitirá señalar, más adelante, las indicadas comparaciones con los ejemplos americanos.

En España, el control clerical sobre la educación fue tan completo que prácticamente no hubo ninguna discusión del darwinismo entre 1859 (cuando salió el *Origen de las especies*) y 1868, año de la "Gloriosa Revolución". Dicha revolución liberal, como es harto sabido, abrió las puertas para la libre discusión de la ciencia y filosofía modernas, pero bajo una estricta polarización ideológica según la cual el darwinismo se hizo parte del bagaje intelectual de la izquierda, mientras las derechas uniformemente lo rechazaron como tildado de ateísmo y materialismo.

España, desde luego, era un caso extremo de una sociedad regida por una élite desunificada, e ilustra una situación donde todas las ideas, incluidas las científicas, cobraban una carga ideológica y se utilizaban como instrumentos para el ataque del sector contrario. El “discurso civil” sobre las ideas científicas fue restringido por el sector dirigente de la élite, el cual fue, a partir de 1875, el conservador². Los darwinistas quienes ganaron cátedras de historia natural en los años de la Revolución, las perdieron todos en la Crisis Universitaria de 1876. Después, aunque varios catedráticos prosiguieron en investigaciones con clara orientación darwiniana, muy pocos (me refiero a los catedráticos de historia natural) se atrevieron a proclamarse darwinianos abiertamente. El riesgo era demasiado grande. Un símbolo apropiado será Odón de Buen quien, a pesar de su prestigio internacional de biólogo marino, fue públicamente anatemizado por la élite conservadora.

La falta de discusión a nivel teórico del evolucionismo es notable. Sólo en el siglo XX vemos la incidencia de algún pensamiento teórico en la biología evolucionista, en la obra de médicos liberales como Gregorio Marañón y Roberto Nóvoa Santos, quienes se dedicaron ambos al estudio de la evolución del sexo. Como hombres típicos del centro liberal, supieron hacer darwinismo sin tener la necesidad de proclamarse abiertamente darwinistas.

El tardío XIX fue la época en la cual el nuevo paradigma darwiniano se imponía, lentamente en el caso de España, en una variedad de focos institucionales, pero más pronto y con más decisión en la medicina que en la historia natural. Cabe investigar cuidadosamente el proceso de la implantación del nuevo paradigma, mediante el cual la antigua historia natural, que englobó varios temas inconexos, se convirtió en la biología moderna. Yo defiendo la tesis de que la biología moderna nació con Darwin, quien hizo posible una disciplina integrada y analítica, según un paradigma unificador y dinámico, y que hay que hacer una distinción clara entre la historia natural y la biología y no caer en la trampa de utilizar este último término anacrónicamente.

Una postura bastante característica en la historia natural española del tardío XIX era seguir un programa de investigación conforme con las pautas de la nueva biología evolucionista, pero sin tomar posición, a lo menos en manera explícita o pública, sobre puntos de teoría. Era todavía posible hacer una buena obra de taxonomía descriptiva, por ejemplo, sin admitir el evolucionismo. Pero sin confrontar el evolucionismo al nivel teórico era imposible enseñar biología, en su sentido moderno. Debido a la reticencia de muchas figuras de la historia natural respecto al darwinismo, es en muchos casos difícil precisar si un científico determinado debe considerarse *biólogo* o naturalista.

EL DARWINISMO DE LOS MEDICOS

¿Por qué se efectuó el traslado del darwinismo científico en España desde la historia natural hacia la medicina? Simplemente porque el darwinismo científico se propagó en España mediante las cátedras de medicina, sobre todo las de anatomía. Las facultades de medicina fueron mucho más fuertes e independientes que lo fueron las de ciencias naturales, las últimas de formación relativamente reciente en la década de los 1890. El control de las facultades de filosofía y artes por humanistas conservadores explica el control de las cátedras de historia natural en un sentido antidarwiniano.

Figura típica del médico darwinista fue Peregrín Casanova, catedrático de anatomía en Valencia, correspondiente y discípulo de Ernest Haeckel, cuyas ideas propagó incansablemente. Casanova fue el primer anatomista español que introdujo, ya en los años 70, los textos de explícita orientación darwiniana de Gegenbaur y Testut. Mediante su influencia pedagógica, Casanova, que no era en ningún modo biólogo original, logró influenciar a todas las generaciones de alumnos médicos hasta su jubilación en las postrimeras de la primera guerra mundial. En Madrid, el foco de la biología darwiniana fue la cátedra de histología de Ramón y Cajal, cuyas propias investigaciones, éstas sí de una originalidad indiscutible, se desarrollaron en un claro sentido filogenético y evolucionista. Mediante su influencia, los mandarines de la medicina española de las próximas generaciones adquirieron los fundamentos de una orientación biológica plenamente moderna y, por supuesto, darwiniana.

Los médicos jugaron otro papel significativo en la recepción del darwinismo en España, porque la divulgación del tema fue generalmente orquestada por ellos, repartiendo la tarea con científicos sociales de orientación spenceriana. Pues los médicos clínicos (no los investigadores) formaron el más nutrido sector de un grupo que yo denomino la "clase media científica". El estamento científico español del tardío XIX y principios de este siglo era tan pequeño que difícilmente se hubiera desarrollado institucionalmente sin poder contar con el amplio apoyo de personas con formación científica que no investigaron activamente. Tales personas integraron la "clase media científica", clínicos, farmacéuticos, ingenieros y profesores del instituto (es decir, maestros de ciencias de segunda enseñanza). Sin contar con estos individuos la ciencia no hubiera podido funcionar. Ellos predominaban sobre los investigadores (en una tasa aproximada de 60% a 40%) en las sociedades científicas; ellos se suscribieron a las revistas de ciencias, compraron libros científicos, y se encargaron de la divulgación popular de la ciencia.

Examinado, pues, la divulgación del darwinismo en el XIX español, se nota que 1) el debate popular sobre los méritos de la teoría fue llevado por profesores de instituto, entre los cuales predominaban figuras provenientes de capitales de provincia (Badajoz, Valladolid, Valencia, Granada); y 2) hasta cierto punto, los médicos llevaron el debate científico, en sustitución de un debate propiamente biológico. Fue natural, ya que había pocos biólogos en el sentido moderno, y los naturalistas se hallaban en situaciones mucho más precarias.

Los médicos catedráticos fueron protegidos por sus facultades y los clínicos, al proclamarse darwinianos, no corrían el riesgo, por ello, de perder su clientela. Entonces, el debate público sobre el darwinismo tomó lugar preferentemente en foros médicos. (Había también un amplio debate entre filósofos y científicos sociales; sólo me refiero aquí al debate más estrictamente biológico).

Las traducciones de las obras de Darwin y de los darwinistas ingleses y alemanes se debieron a positivistas y otras personas no biólogos. Miguel de Unamuno, por ejemplo, tradujo tres obras de Spencer. Los naturalistas del siglo pasado, aún teniendo traducciones castellanas, prefirieron leer o, al menos citar a Darwin en traducción francesa: un Cajal, que pudo seguir la literatura alemana, o un Casanova, que leía inglés, fueron figuras bastantes atípicas en esa época. Casanova, incluso, utilizó su muy deficiente francés para dirigirse a Haeckel, pidiendo por escrito las últimas noticias darwinianas de Alemania.

EL DARWINISMO EN VENEZUELA

La experiencia venezolana ofrece, *grosso modo*, muchos puntos en común con la española, aunque se desarrolló veinte años más tarde: hecho curioso, porque el momento del triunfo del darwinismo en Venezuela (1905) ocurrió en un periodo marcado por el declive del darwinismo en la biología europea y en Estados Unidos (donde los evolucionistas más importantes habían optado más bien por un neo-lamarckianismo).

Las primeras lecciones del darwinismo se originaron en la cátedra de historia natural, regentada por el alemán Adolfo Ernst en la Universidad de Caracas³. Hacia 1882, cuando el joven Luis Razetti oyó las lecciones de Ernst, recuerda habiéndolas sentido como *una revelación*, reacción del mismo grado que se encuentra corrientemente en las autobiografías de científicos españoles de la época. En semejante lenguaje el químico José R. Ca-

rracido describió las lecciones sobre darwinismo que dictó Augusto González de Linares en la Universidad de Santiago de Compostela antes de 1872.

En la misma época, Rafael Villavicencio enseñaba historia universal, empezando su curso con una discusión de la evolución social, según Comte. Luego, en 1893, Pablo Acosta Ortiz, catedrático de anatomía en Caracas, estableció la anatomía contemporánea, al introducir el texto de Testut, o sea, la misma trayectoria seguida por Casanova en España veinte años antes. Razetti se continuó en el mismo rumbo cuando sucedió a la misma cátedra en 1896.

La influencia pedagógica de Razetti fue enorme, ya que sucesivas generaciones de médicos venezolanos salieron de sus clases dotados ya no solamente con los fundamentos del evolucionismo, sino habiendo adquirido también la convicción de Razetti de que *no fue posible* una anatomía aparte de un contexto darwiniano. Sus palabras son sumamente reveladoras: “Yo afirmo, sin temor de ser desmentido, que un profesor de Anatomía humana, que no enseñe esa ciencia a la luz de la Doctrina de la Descendencia, no cumple su estricto deber, y se separa de la corriente actual de los conocimientos. Del mismo modo que haría un profesor de... Física que no enseñara las leyes de la conservación de la energía...” (Razetti, 1964: 200). Razetti, igual que Casanova, era declarado monista y seguidor de Haeckel y la escuela de Jena (cita mucho a Max Verworn), cuyas obras leyó en francés⁴.

Razetti fue acusado entonces, por un vulgar polemista clerical, de un intento de establecer una especie de “protectorado extranjero” sobre la ciencia venezolana, por su adicción a las “escuelas ateo-materialistas de ultramar”, como si, comenta el mismo Razetti con fina ironía, “la nación venezolana poseyere alguna ciencia patria” (Razetti, 1964: 6). Es altamente interesante la imagen del protectorado ideado por el padre Alvarez. Parece, a la primera vista, relacionarse con el anti-imperialismo científico de próceres como Francisco José de Caldas. Pero, más bien se asemeja al antidarwinismo religioso en varias sociedades donde el ataque contra los valores tradicionales representado por el darwinismo fue asociado con los poderes seculares y “materialistas”, notablemente Alemania e Inglaterra. La misma acusación se oyó en Estados Unidos durante los años 1920 cuando los llamados “fundamentalistas” protestantes intentaron cargar el evolucionismo con el estigma del espíritu guerrero alemán. Lo mismo pasó en diferentes países católicos donde los tradicionalistas intentaron identificar la ciencia, según sus propias luces, con los valores tradicionales y católicos del país.

RAZETTI A LA OFENSIVA

Bajo el estímulo de un ataque clerical, Razetti logró movilizar la opinión pública, a lo menos de la capital, a favor de Darwin en una famosa maniobra político-científica que llevó a cabo en las aulas de la Academia de Medicina. El episodio es muy conocido, pero vale la pena resumirlo para poder hacer algún comentario. Primero, al comenzar la polémica, Razetti afirmó que, en efecto, el darwinismo estaba ya establecido en Venezuela, ya que “La doctrina de la descendencia se enseña hoy en las cátedras de ciencias biológicas como doctrina fundamental; y los alumnos leen en las obras oficialmente recomendadas para textos, que las especies orgánicas no han sido creadas por actos aislados de creación, sino que, o son el producto de las variedades fijadas, como creen los neo-lamarckianos, o el producto de la selección natural como sostienen los neo-darwinianos” (Razetti, 1964. 31-32). Lo que quiso lograr Razetti fue la abierta legitimización del darwinismo como base de la biología científica.

El 1 de septiembre de 1904 Razetti propuso que la Academia caraqueña adopte tres conclusiones, la primera, que “la sustancia viva representa únicamente una parte de la materia del globo” y que, por consiguiente, la materia viva fue “el producto del desarrollo de la tierra”, o sea, que la vida tuvo su origen en las materias no vivas; segundo, que los actuales organismos derivan por descendencia de aquella primitiva materia viva; y tercera, que el hombre es un organismo más, sujeto a las mismas leyes naturales que los otros.

Desde el principio del debate, era claro que Razetti había logrado una ventaja insuperable al haber insistido en que la corporación tenía que aceptar sus conclusiones, si sus adversarios no lograban probar su falsedad, “sin salirse del terreno de la ciencia experimental”. Es decir, Razetti logró organizar la cuestión parlamentaria, diríamos, en tal manera que los académicos difícilmente pudieran votar en contra sólo a base de ideología o convicciones religiosas. Sin disponer de alguna hipótesis alternativa, el votante o tuvo que aceptar las proposiciones de Razetti, o declararse ideólogo no científico. Como lo explicó el mismo Razetti: “En ciencias de observación y de experimentación no se puede decir: yo no creo en tal hipótesis, teoría o doctrina, porque no creo; es necesario para combatir una teoría, máxime si esta teoría está aceptada por la universidad de los sabios, demostrar su falsedad con hechos y presentar otra que la reemplace con ventajas, que explique mejor y en mayor número los fenómenos. Pretender aniquilar una

teoría que se funda en análisis experimental con largas y hasta poéticas disertaciones... que no resistan el control de la crítica científica, es una puerilidad” (Razetti, 1964: 53).

Razetti reconoció que la única manera de resolver la polémica con los antidarwinianos religiosos era restringir el debate a los confines de una comunidad con pretensiones científicas, la única área política, de hecho, que tuvo pertinencia. Tal estrategia no fue adoptada en otros países hispanos. Otro rasgo crucial del acercamiento de Razetti era insistir en la científicamente correcta interpretación del término *teoría*⁵. Era más: afirmó Razetti que para probar la falsedad del evolucionismo se habría de negar prácticamente toda la biología moderna.

Como sólo cinco de los académicos entonces residentes en Caracas intervinieron en el debate, Razetti pidió el dictamen de cada uno de los miembros por escrito. Veintidós respondieron a favor de las tres conclusiones, de las cuales quince las afirmaron categóricamente, mientras siete las aprobaron con reservas. Cuatro se manifestaron contrarios y otros cuatro se negaron a declarar su opinión. Algunos de los respondientes, aunque afirmando las tres conclusiones, añadieron o que eran creyentes o que aceptar la legitimidad científica del transformismo no constituía una renuncia de Dios. Este tipo de respuesta, junto con el obvio mutismo de la vasta mayoría de la corporación indica que, dentro de los límites fijados por Razetti, la mayoría de los académicos quisiera no ponerse demasiado en evidencia. Al final, la Academia aceptó las tres conclusiones, pero no sin añadir un calificativo afirmando que la corporación no pretendió dar a las dichas conclusiones “el carácter de una verdad indiscutible”.

Razetti se puso rabioso, alegando que a pesar del triunfo de la doctrina de descendencia, la Academia, por fin, “se exhibió sin convicciones propias determinadas” (Razetti, 1964: 206). Es seguro que había fuertes presiones, a que el arzobispo de Caracas afirmó que, al añadir la frase calificativa, la Academia se había salvado de la “deshonra científica y moral” (Razetti, 1964: 210).

Varios académicos, calificados por Razetti de alarmistas, habían opinado que la Academia no debió de pronunciarse en cuestiones de doctrina. Pero, como apuntó Razetti, la corporación, según su propio estatuto, tuvo la obligación de formar una escuela distintiva de medicina en Venezuela. Si, al fundar tal escuela, la Academia “establece como principio no apoyar con su autoridad ninguna doctrina, la escuela por ella fundada carecerá de toda autoridad y la Academia no llevará bien su cometido”. ¿Es posible tener una biología desprovista de fundamentos subyacentes? pregunta Razetti;

y luego contesta: “No comprendo una Medicina puramente empírica” (Razetti, 1964: 207, 48, 51).

Para Razetti, entonces, confrontar la teoría biológica, específicamente la darwinista, era un deber profesinal, social e institucional, y no solamente un acto individual o personal. Por fin, quiero notar que Razetti tuvo un cierto apoyo político, fuera del recinto de la Academia, para su programa, ya que su libro de 1906, *¿Qué es la vida?*, fue patrocinado por el presidente de la República, el dictador Cipriano Castro. Castro fue ideológicamente liberal y algo positivista, y es claro que vio en Razetti un apoyo ideológico, ya que los “godos” tradicionalistas se opusieron tanto al presidente como a Darwin (veáanse Cappelletti, 1981: 59).

El caso venezolano, pues, ofrece puntos de semejanza y contraste con el español. En ambos lugares el darwinismo fue propagado desde las cátedras de medicina, sobre todo las de anatomía, y el debate público en torno al evolucionismo fue llevado en su mayor parte dentro de la comunidad médica. En cambio, el más alto grado de secularización en el estamento educacional venezolano parece haber permitido una implantación más sólida del evolucionismo en la educación venezolana que fue posible en España. El apoyo del presidente se relaciona más con los casos argentino y uruguayo que el español. La polarización ideológica no parece haber sido tan categórica en Venezuela como en España. Parece que cuando un liberal tiene poder, aunque sea dictador, hay más espacio para un discurso civil, y cuando tienen el mando tradicionalistas, aunque sea una democracia parlamentaria, como en la España de la restauración, hay menos espacio.

EL DARWINISMO EN URUGUAY Y ARGENTINA

La recepción del darwinismo en Uruguay a lo largo de los años 1870 fue facilitado por el control virtualmente total que ejercieron los positivistas sobre la educación universitaria. Ya en el año 1876 el Director de Instrucción Pública, el positivista José Pedro Varela, había lanzado un manifiesto público a favor de Darwin. El Ateneo de Montevideo, baluarte positivista junto con sus influenciales *Anales*, fue centro de una vigorosa campaña a favor de Darwin, empezando con una famosa conferencia, “¿La teoría de la evolución es una hipótesis?”, pregunta contestada con una rotunda negativa por el conferenciante, el biólogo José Arechevaleta. Esta figura, cabe comentar, no sólo fue director del Museo Nacional de Historia Natural, sino

que al mismo tiempo desempeñó la cátedra de botánica médica en la Facultad de Medicina. Podemos comprobar, de nuevo, la típica difusión del darwinismo a través de la medicina, si bien en este caso mediante una cátedra algo atípica.

El rector de la Universidad de Montevideo desde 1880, Alfredo Vazquez Acevedo, fue otro darwinista entusiasta. En 1885 comenta: "En pocos países la teoría moderna de la evolución ha hecho más rápido el camino que en nuestra pequeña república. Mientras viejas naciones europeas todavía ponen trabas a las verdades que el eminente Darwin ha enseñado, nosotros nos atrevimos a adelantarlas, llevando las explicaciones y consecuencias filosóficas más lejos que el mismo sabio inglés" (Ardao, 1950: 221). El rector parece referirse a la vieja nación española, entre otras posibles. Notamos en el caso uruguayo que el control laico de la educación resultó ser la variable más significativa en la implantación del darwinismo. Tal era la totalidad de dicho control que forzó a la oposición católica a tomar acción política directa en los célebres debates sobre el positivismo que tomaron lugar en el congreso uruguayo en los años 1885 y 1886, en el curso de los cuales el darwinismo fue atacado públicamente como materialista por diputados como Carlos Gómez Palacios (Ardao, 1950: 184, 190)⁶.

La calificación habitual del positivismo uruguayo de spenceriano deforma algo el verdadero estado de las cosas. Como bien ha apuntado Arturo Ardao, el positivismo "se conoció desde el primer momento entre nosotros en su modalidad inglesa de la segunda mitad del siglo, de un radicalismo naturalista más acentuado que el del positivismo francés originario" (Ardao, 1950: 230). Quizá será más exacto caracterizar ese positivismo naturalista darwinista más bien que spenceriano.

En Argentina, el spencerianismo se hizo "una verdadera doctrina nacional" (Ardao, 1950: 69), con su baluarte más preclaro en la Universidad de la Plata, fundación moderna, creada por positivistas según un explícito modelo alemán, con una profusión de personal alemán, que en las primeras décadas del siglo XX vio también una precoz propagación de la teoría de la relatividad. También en Argentina puede detectarse un apoyo político para el darwinismo, más matizado que en Uruguay quizás, menos definitivo, y casi sin estudiar. Es claro que el presidente Sarmiento apoyó abiertamente las posiciones del paleontólogo evolucionista Florentino Ameghino, quien sufrió o prosperó, según quien tuvo el mando, en su lucha para el directorado del Museo de Historia Natural con su enemigo, el creacionista Burmeister. Ameghino fue apoyado por los revolucionarios de 1893 y el fracaso del

movimiento aplazó otra vez su nombramiento. El apoyo financiero a su libro sobre los mamíferos argentinos fue sujeto de un debate parlamentario en 1891.

Ameghino fue miembro de un círculo de paleontólogos y naturalistas quienes se reunieron primero como contertulios y luego tomaron un paso hacia la institucionalización al fundar la Revista Argentina de Historia Natural en 1891. En contraste con los otros países hispanos, entonces, la paleontología argentina llegó a formarse una masa crítica para crear un enfoque disciplinario para dirigir los estudios evolucionistas. Entre los señales de la madurez de la paleontología argentina a finales del XIX podemos enumerar un grupo disciplinario interconexo, el control por los darwinianos de uno y luego dos museos de primera categoría, el apoyo del ministerio de instrucción, y amplios contactos con el frente de investigación europeo. En cuanto al último punto, recordamos que los primeros artículos de Ameghino se publicaron en Francia y en Estados Unidos y que mantuvo vivos contactos (incluso una colaboración activa con Henri Gervais) con las grandes figuras del transformismo francés.

Unos puntos más referentes a las actividades evolucionistas de Ameghino merecen comentario. Primero, como propuso Argentina como cuna de la especie humana, Ameghino atrajo a su causa impulsos nacionalistas que le ayudaron en movilizar apoyo y, a la vez, reducir la eficacia de la oposición tradicionalista. Segundo, la divulgación popular del darwinismo, así como de las posiciones particulares del mismo Ameghino dependió en las actividades de la clase media científica, no médicos en este caso, sino maestros de ciencia, quienes formaron, aún después de la muerte de su ídolo, una discreta escuela *ameghinista*. En la revista católica "Estudios" en el año 1922, un maestro católico urge la circulación de un artículo anti-ameghinista de Eric Boman "muy particularmente entre los maestros argentinos, quienes se sienten muy ameghinistas, sin haber leído un solo libro de don Florentino" (Boman, 1922: 430). La implicación de motivos extra-científicos en el apoyo de esos maestros a Ameghino es clara.

¿UN DARWINISMO SOCIAL PROGRESISTA?

Caso distinto es el de México, país de positivismo acusadamente comtiano, donde la entrada del darwinismo es el tema de un excelente estudio de Robert Moreno (1975). Me limito sólo a un breve comentario. Tanto Moreno como Moisés González Navarro (1959) han demostrado los persisten-

tes contactos entre positivistas franceses y mejicanos. Pero los contactos más importantes, empezando con Gabino Barreda, eran con filósofos franceses, no con biólogos como fue el caso del círculo de Ameghino. Por eso, el comtianismo mejicano era de un tipo menos matizado que quizás que en algún otro país hispano, y por eso Barreda y varios de sus seguidores eran netamente antidarwinistas lo que durante unos años impidió en algo la difusión del ideario darwinista en México. No obstante, el biólogo Alfonso L. Herrera, destacado darwinista, se sintió en cierta manera parte de la órbita científica francesa y publicó en aquel lenguaje sus obras, ambas impregnadas de darwinismo, *La vie sur les hauts plateaux* (1899) y *Recueil des lois de la biologie générale* (1897). A pesar del abierto comtianismo de Barreda y su círculo, pues, había amplias corrientes darwinistas/spencerianas en México, las cuales, según Moreno (1975: 146) salen en la historiografía mejicana sin lograr identificarse como tales.

Había en la antropología mejicana de los últimos años del siglo pasado fuertes corrientes darwinistas las cuales sugieren unas comparaciones con el darwinismo social español. En México, como en España, el darwinismo social era progresista. En España, la opinión católica pintó el darwinismo como doctrina cruel y retrógrada que condenaba a los débiles a una vida de inevitable pobreza y degradación. En consecuencia, darwinistas liberales, como Pedro Estasen, se esforzaron en demostrar lo contrario: que las leyes de la evolución social otorgaban la salida, por el proceso de selección, de una aristocracia de inteligencia y talento (es decir, los progresistas) y el derribo de la de nacimiento o de dinero.

En México el darwinismo social era igualmente tildado de progresismo. Podemos citar, como ejemplo, el argumento de Vicente Riva Palacio al efecto de que los indígenas de México habían alcanzado un nivel superior evolutivo al de los europeos. Tal argumento fue aprovechado por Andres Molina Enríquez, a quien en su libro, *Los grandes problemas nacionales*, le sirvió de base para la elaboración de una política indigenista moderna y compasiva (1978: 333-344). Podemos preguntar si un darwinismo social progresivo era resultado de la polarización ideológica entre católicos y positivistas, a diferencia de los países protestantes donde el darwinismo social tendió a desarrollarse en un sentido conservador.

FLUJOS Y REFLUJOS ENTRE ESPAÑA E HISPANOAMERICA

Hemos notado la fuerte coloración francesa del evolucionismo científico hispanoamericano y la ausencia de contacto, entre científicos hispanoamericanos y españoles alrededor del tema. No obstante, había por lo me-

nos dos puntos importantes de contacto, ambos referentes no a la época de las primeras discusiones, sino más bien a las primeras décadas del siglo XX.

El primer punto de contacto era en la provisión de ediciones populares del cuerpo doctrinal darwinista, lo que si no afectó a la práctica de las ciencias biológicas directamente, tuvo que dar un fuerte estímulo a la divulgación popular del darwinismo en todo el continente. Me refiero específicamente a los tomos editados por la Editorial Sempere, de Valencia, de cuya difusión en hispanoamérica tenemos alguna idea precisa, gracias a una carta dirigida por la editorial a Miguel de Unamuno en 1909, centenario del nacimiento de Darwin. Las ventas de dichos libros, de Darwin y Haeckel, son resumidas en la Tabla I. Se nota inmediatamente el superávit de ventas americanas sobre las españolas (59% a 41%).

Si no había contacto entre los darwinistas hispanos y los americanos, sí que lo había entre los antidarwinistas. Los creacionistas americanos encontraron en la madre patria ricas vetas de materias polémicas para armarse en la batalla a favor de la Iglesia y de los valores tradicionales. En general las tempranas impugnaciones españolas de tipo filosófico-literario de los años 70 y 80 no tuvieron resonancia en América; una excepción será la amplia difusión del poema satírico antidarwinista, *A Darwin*, de Gaspar Núñez de Arce. Muy difundidos, en cambio, fueron los artículos polémicos, de tinte científico, escritos en los primeros años del siglo por biólogos jesuitas, unos residentes en España, otros emigrados en Argentina, reproducidos en revistas católicas americanas. La figura más activa fue el padre Jaime Pujiula (1869-1958), jesuita catalán y embriólogo, quien polemizó asiduamente contra el darwinismo en una larga serie de artículos destinados a comprobar que “Ninguna explicación de los transformistas materialistas puede sostenerse ante los clarísimos rayos de luz que sobre la teleología de los fenómenos vitales arroja la embriología” (1920: 203). Pujiula sostuvo una acerba controversia con Alfonso L. Herrera, siempre calificado como “el boticario mejicano” por el jesuita. En correspondencia, Herrera alegó que no fué más que un error tipográfico lo que le condujo a referir a su antagonista español como “el padre Pajuelo”⁷.

La actividad de los jesuitas españoles radicaba en el Colegio de San Salvador en Buenos Aires y en su influyente revista “Estudios”. Allí se trasladó, alrededor de 1920, otro jesuita catalán, el astrónomo José Ubach, quien polemizó contra el darwinismo así como contra las teorías de Einstein. Será interesante ver si los jesuitas españoles de una época más tardía tuvieron igual impacto en América, al hacer una sorprendente *volteface* en torno al evolucionismo ortogenético de Teilhard de Chardin.

TABLA I

VENTAS DE LIBROS DARWINISTAS EN ESPAÑA E HISPANOAMERICA, 1902-1909

TITULO	AÑOS	EJEMPLARES VENDIDOS	
		ESPAÑA	HISPANOAMERICA
Darwin, "Origen del hombre" (1 tomo)	1902-1909	22.000	29.000
Darwin, "Origen de las especies" (3 tomos)	1903-1909	5.000	6.500
Haeckel, "Enigmas del universo" (2 tomos)	1903-1909	2.000	8.000
Haeckel, "Historia de la creación" (2 tomos)	1905-1909	1.600	2.000
	TOTAL	30.600	45.000

Fuente: Pérez de la Dehesa (1969)

NOTAS

1 Uno de los pocos autores en insistir en el carácter híbrido del positivismo venezolano es Arturo Uslar Pietri (citado por Grases, 1981: 298).

2 Alrededor de 1900, los conservadores españoles, quienes siguieron en el poder hasta el advenimiento de la Segunda República, empezaban a permitir un grado bastante elevado de “discurso civil” en el campo científico —lo que ayuda a explicar la fácil introducción de la relatividad (o la nueva física entera) o de la psicología freudiana— situación que permaneció intacta hasta 1936. La época franquista vio una severa repolarización que trajo la proscripción tanto del darwinismo, como de la relatividad y el psicoanálisis. No obstante, el discurso abierto de las primeras décadas del siglo no ayudó en nada a la infiltración de ideas evolucionistas, las cuales permanecieron prohibidas a las masas católicas hasta la oleada del teilhardismo en los años 60.

3 En las *Actas* de la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de Caracas entre 1867 y 1878, Darwin es citado ocho veces, generalmente por Ernst. Es curioso que ninguna de las intervenciones de Ernst se refiere directamente al evolucionismo, y sólo en una, donde se refiere a una discusión de atavismo en *Animals and Plants under Domestication*, hay una alusión indirecta. Las demás referencias se refieren a pormenores botánicos. La única referencia, no debida directamente a Ernst, que alude al transformismo es una reseña de un artículo del botánico francés Naudin sobre monstruosidades en plantas, que concluye: “Las conclusiones de estos hechos afirman del todo la teoría de Darwin sobre el origen de las especies, teoría que sin duda dentro de poco será una verdad enteramente comprobada”. El pasaje no carece de interés, ya que la fecha —noviembre de 1867— muestra que el darwinismo fue aceptado entre los miembros de esta Sociedad un año, o más, antes del principio de la discusión abierta del darwinismo en España. Véanse Bruni Celli, 1968.

4 Es interesante notar el impacto de la biología francesa sobre Razetti. Cita a menudo a los grandes transformistas franceses —Royer, Broca, Delage— y los cita en un sentido darwiniano que quizás no reconoce adecuadamente el sesgo lamarckiano de dichas figuras.

5 Cabe remarcar que en los recientes debates en Estados Unidos entre evolucionistas y creacionistas, los últimos siempre utilizan el término “teoría” en el sentido del contrario de “hecho”. Hay hechos probados y hay teorías. En hallar contra los creacionistas en el reciente pleito de Arkansas, e juez Overton aludió a las constantes equivocaciones que hicieron los creacionistas con respecto al sentido del término “teoría” y el abandono de todo método científico que eso representa. La argumentación de antidarwinistas católicos hispanos partió de semejantes bases, lo que reconoció Razetti.

6 Darwin figuró también en un semejante debate parlamentario en Brasil, en julio de 1871. Aparentemente escandalizado por el darwinismo exagerado de libros de divulgación popular, el diputado Benevenuto de Magalhães Taques atacó al “ateísmo matemático” (Lins, 1967: 41).

7 Debo esta referencia a la bondad del Dr. Enrique Beltrán, discípulo directo de Herrera.

REFERENCIAS

- ARDAO, Arturo (1950): *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay* (México: Fondo de Cultura Económica).
- BOMAN, Eric (1922): *Hablan los hombres de ciencia del país sobre las asendereadas teorías de Ameghino*, Estudios, 22: 428-445.
- BRUNI CELLI, Blas (comp.) (1968): *Actas de la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de Caracas (1867-1878)*, 2 tomos (Caracas: Banco Central de Venezuela).
- CAPPELLETTI, Angel J. (1981): *El monismo materialista de Luis Razetti*, Revista de la Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina, 30, n°. 47: 53-69.
- GLICK, Thomas F. (1982): *Darwin en España* (Barcelona: Península).
- GONZALEZ NAVARRO, Moisés (1959): *Los positivistas mexicanos en Francia*, Historia Mexicana, 9.
- GRASES, Pedro (1981): *Instituciones y hombres del siglo XIX* (Obras, vol. 6) (Caracas: Seix Barral).
- LINS, Ivan (1967): *Historia do positivismo no Brasil*, 2nd. ed. (São Paulo: Companhia Editora Nacional).
- MOLINA ENRIQUEZ, Andrés (1978): *Los grandes problemas nacionales* (1ª. ed., 1909) (México: Era).
- MORENO, Roberto (1975): *La introducción del darwinismo en México*, Anuario de Historia, 8: 121-150.
- PEREZ DE LA DEHESA, Rafael (1969): *La Editorial Sempere en Hispanoamérica y España*, Revista Iberoamericana, n°. 69: 551-555.
- PUJILLA, Jaime (1920): *Otra espina del transformismo*, Estudios, 18: 203-211.
- RAZETTI, Luis (1964): *La doctrina de la descendencia en la Academia Nacional de Medicina* (1ª. ed., 1906), en *Obras Completas, III: Biología* (Caracas: Ministerio de Sanidad y Asistencia Social), págs. 1-188.